Epicuro y su sistema, es preciso leer á Ciceron. Tan pestilente doctrina debió de contribuir á la decadencia de Roma, pues sabemos por Ciceron que el retrato de Epicuro se hallaba en cuadros, en vasos, y hasta en las sortijas. *Cujus imaginem non modo in tabulis nostri familiares, sed etiam in poculis et in annulis habent.* (*De fin.*, lib. v.)

132. El epicureismo práctico es la obra de las pasiones; el teórico es un servicio que el entendimiento les presta: hé aquí porqué le hemos visto resucitar en los tiempos modernos.

XXV.

ESTÓICOS.

133. La escuela estóica, fundada por Zenon de Citium, y que tomó el nombre del pórtico en que este enseñaba, se ha hecho célebre por la severidad de su moral. Adoptó el rigor de los cínicos, mas no su impudencia. Zenon fué discípulo del cínico Crates; pero se instruyó posteriormente en la escuela de Megara bajo la enseñanza de Stilpon, y en la platónica, oyendo primero á Xenócrates y después á Polemon.

134. Segun los estóicos, nada hay bueno sino la virtud, nada malo sino el vicio. La virtud es la felicidad; el vicio la desdicha. La virtud es sabiduría; el vicio insensatez. El sabio ó virtuoso, que para ellos significa lo mismo, es feliz, sean cuales fueren sus aparentes infortunios; si le atormentan en el potro, le meten en el toro de Fálaris, ó le destrozan lentamente sus carnes, continuará dichoso: su ventura es imperturbable; nada pueden contra ella los hombres; la conciencia es un cielo. Verdad es que á mas de la virtud y vicio, hay en el mundo otras cosas que parecen buenas ó malas; mas los estóicos, temerosos de contaminarse, no les daban estos nombres, sino el de preferibles ó posponibles; los de bien y de mal los reservaban á la virtud y al vicio.

135. El *sabio* de los estóicos es una especie de ser impasible, á quien nada puede perturbar. Todo lo tiene y nada puede perder, y así no teme; nada le falta, y así nada desea: las pasiones que se levantan en los demás hombres, el sabio las conserva encadenadas, siempre, en todas ocasiones, en la

fortuna próspera ó adversa. La familia perece, los amigos mueren, la patria se hunde, el mundo se desploma: el sabio está sereno; el gozo retoza, la alegría se derrama, el dolor gime, la tristeza suspira, el asombro se petrifica, el terror se hiela y enmudece; el sabio continúa impasible.

¿Dónde está ese hombre? Entre los antiguos no se le encuentra; es un ser ideal que ellos concebian, nada mas.

136. ¿Cuáles eran las doctrinas en que pretendian apoyar tanta virtud? es sensible que tan bellos sentimientos no tuviesen por cimiento una sólida teoría. ¿Cuál era el Dios de los estóicos? El fuego: uno de los cuatro elementos. ¿Qué era el alma? Una centella de fuego. ¿A qué condiciones está sujeto el ejercicio de su accion? La necesidad. El *hado, fatum*: el alma, segun los estóicos, no es libre. ¿Cuál el porvenir que nos espera, en recompensa ó castigo? El alma, ó muere con el cuerpo, ó vive solo por largo tiempo; á la manera de las cornejas, como dice con gracia Ciceron. (*Tusc.*, lib. 1.)

Por manera que con un dios corpóreo, un alma material, sin libertad ni vida futura, querian cimentar una moral tan severa: no es mas difícil el levantar una pirámide como las de Egipto sobre un monton de arena.

137. El estoicismo continuó por algun tiempo aun después de haber aparecido sobre la tierra la religion cristiana; estóicos fueron Epicteto y el emperador Marco Aurelio. Por lo que nos ha quedado de los escritos de aquella época, parece que el estoicismo se elevaba á mayor altura: ¿cuál es la causa? La influencia del cristianismo. A la sazon se leian ya por todo el mundo romano los Evangelios y demás libros del Nuevo Testamento: y Atenágoras y san Justino dirigian á los emperadores las apologías de la religion cristiana. Villemain, en su obra de la Filosofía estóica y del cristiano, ha hecho notables observaciones en confirmacion de esta verdad. (*Miscelánea*s, t. II.)

138. La cosmología de los estóicos se reducia á explicar el mundo por la accion del fuego: materia pasiva, y fuego que da movimiento, accion, vida; hélo aquí todo. Esto ni siquiera tiene el mérito de la novedad: lo hemos hallado en escuelas anteriores.

139. Su ideología estaba conforme con sus principios m ate-

rialistas : no habiendo mas que cuerpos, no hay mas inteligencia que la sensacion : toda la actividad del alma se dirige á esta; y de aquí no puede pasar, porque fuera de esto no hay nada.

Sin embargo, ocupándose el alma de los materiales ofrecidos por la sensacion, se forma varias clases de conocimiento : sus grados los explicaba Zenon con gestos. Abria la mano, y mostraba el reverso de ella; hé aquí, decia, la representacion : *visus*. Encorvaba un poco los dedos; hé aquí el asenso; *assensus*. Cerraba la mano, y mostraba el puño; hé aquí la comprension : *comprehensio*. Con la mano izquierda cogia el puño de la derecha, y le apretaba fuertemente; hé aquí la ciencia, patrimonio del sabio. (*Cic., I. Acad.*, lib. II.)

140. El método de los estóicos era oscuro, sutil, como de quien descarna huesos, ó saca espinas con alfileres : *nec more hominum acu spinas vellentium, ut Stoici, nec ossa nudantium.* (*Cic., De finibus*, lib. IV.)

141. Su lógica abundaba de sutilezas: ocupándose solo de la parte relativa al arte de disputar, se olvidaban de la inventiva.

142. No siempre estuvieron de acuerdo los discípulos de Zenon : profesaban con harta frecuencia opiniones encontradas, que no hay necesidad de exponer aquí. Se distinguen en esta escuela Perseo, Ariston, Herilo, Cleantes, descollando Crisipo, llamado la columna del Pórtico.

143. Los estóicos fueron poco felices en el arte de hablar. Zenon era tan frio que era capaz de apagar el fuego en quien lo tuviese : *Restinguet citius, si ardentem acceperit.* (*Cic., De finib.*, lib. IV.) Cleantes y Crisipo escribieron un arte retórica : de la de Crisipo dice Ciceron con mucho donaire : « Si álguien quiere aprender á callar, no debe leer otra cosa. » *Si quis obmutescere concupierit, nihil aliud legere debeat.* (*Ibid.*)

XXVI.

LA ACADEMIA NUEVA Y LA NOVÍSIMA.

144. Ya hemos visto cómo la escuela de Platon recibió el nombre de Academia; pero con el mismo título se designaron otras, bien que añadiéndoles los epítetos de vieja, media y

nueva, ó vieja, nueva y novísima, con relacion á tres épocas principales.

145. La Academia vieja empieza en Platon, ó mas bien en Sócrates, quien inauguró el método de discutir en pro y en contra, absteniéndose de afirmar y diciendo que solo sabia una cosa, y es que no sabia nada. Pero así por el nombre, como por la forma, puede ser mirado Platon como el fundador de la Academia, pues que con su talento, elocuencia y método constituyó una verdadera escuela, y organizó un sistema filosófico en todas sus relaciones. La doctrina y método de Platon no se conservaron en Aristóteles, que impugnó en varios puntos las teorías de su maestro, ni fué tan cauto como él en guardarse de afirmar ó negar. Los fieles discípulos de Platon fueron Speusippo y Xenócrates, quienes continuaron la escuela académica enfrente de la peripatética. Sucediéronles Polemon, Crates y Crantor.

146. Entre los discípulos de Polemon se contaba Zenon, e fundador de la escuela estóica, quien, proponiéndose introtroducir nuevas doctrinas, provocó la oposicion de Arcesilas, resultando de aquí la Academia media. Segun Ciceron, Arcesilas no disputaba por espíritu de contradecir, ni por la vanidad de triunfar, sino movido por la oscuridad de las cosas, oscuridad que habia obligado á Sócrates á confesar su ignorancia, y antes que á Sócrates á Demócrito, Anaxágoras, Empédocles y á casi todos los antiguos, quienes dijeron que nada podemos conocer, ni percibir, ni saber; que los sentidos son limitados, el espíritu débil, la vida corta; que estando la verdad oculta en un pozo profundo, segun la expresion de Demócrito, todo lo regian las opiniones y las convenciones; y que así no quedaba lugar á la verdad, y todo se hallaba cubierto de tinieblas. Por lo cual, Arcesilas negaba la posibilidad de saber algo; ni aun aquello de Sócrates : sé que nada sé; de donde inferia que nada se debia afirmar, que á nada se debia asentir; que era necesario suspender siempre el juicio, calificando de temeraria y torpe la conducta opuesta. Consecuente á su sistema, disputaba en pro y en contra de todo, con la mira de que apareciendo la igualdad de razones en sentidos contrarios, fuera mas fácil librarse de la tentacion de afirmar. El método de Arcesilas no encontró por de pronto mucho séquito, pero se sostuvo con

cierto brillo, merced á los talentos del fundador, que se distinguia por su agudeza de ingenio, y admirable gracia en el decir.

147. Sucedióle Lacides; este tuvo por discípulo á Evandro, quien fué maestro de Hegésino, cuyas lecciones recibió el famoso Carnéades, fundador de la nueva ó mas bien novísima Academia, por los años de 180 antes de la era vulgar.

148. Era Carnéades hombre de talento extraordinario, de mucha facundia y elegancia, y versado en todas las partes de la filosofía, en lo cual excedia al mismo Arcesilas. Sostuvo como este que nada sabemos, ni aun sabemos que no sabemos; y cuando Antípatro le objetaba que al menos debíamos saber esto último, ya que en ello se fundaba la Academia, respondia Carnéades que la regla era general, sin excepcion de ninguna clase; y por tanto, que en la ignorancia de todo quedaba tambien envuelta la ignorancia de la ignorancia. Sin embargo, no se crea que Carnéades estableciese la duda universal, á la manera de Pirron; admitia probabilidades; solo negaba la certeza, en lo cual opinaba tener lo bastante para la discusion filosófica y la conducta de la vida. Además, parece que no llevaba su severidad hasta el punto de Arcesilas : este creia que el sabio no debe afirmar *nunca* : Carnéades á veces concedia que en ciertos casos la afirmacion era permitida. *Carneades, nonnunquam secundum illud dabat; assentiri aliquando.* (*Cic., I. Acad.*, § 21.) Esto era un paso importantísimo, y separaba mucho á Carnéades de Arcesilas. Ciceron no aprueba esta reforma; y se inclina á creer que Carnéades no lo estableció así absolutamente, y que trató la cuestion sin resolverla : *hoc magis ab eo disputatum quam probatum, puto.* (*Ibid.*, 24.) Y en verdad que no habria mucha lógica en esta concesion de Carnéades : porque siendo doctrina fundamental de su escuela el que no hay ninguna representacion verdadera, que no pueda ser imitada por otra falsa, no se concibe porqué se encontrarian casos en que la afirmacion fuese legítima, á no ser que se destruya el cimiento de la Academia.

149. La escuela de Carnéades combatia hasta la misma dialéctica, comparándola con Penélope, porque deshacia á un tiempo la que habia tejido en otro. ¿Qué se necesita, preguntaban, para formar un monton? ¿Bastan dos granos? No. ¿Tres?

No. ¿Cuatro? No. Lo mismo, añadian, se puede preguntar sobre la riqueza y la pobreza, la fama y la oscuridad, lo mucho y lo poco, lo grande y lo pequeño, lo largo y lo corto, lo ancho y lo estrecho; y así decian que no es posible fijar nada, pues que por una gradacion vamos retrocediendo delante de una serie de interrogaciones que no nos dejan descansar. « Me pararé, respondia Crisipo. — Párate en buen hora, replicaba Carnéades; respira, duerme si quieres; pero ¿de qué te sirve el reposo? Te dispertarán, y te encontrarás de nuevo con las preguntas. — Pero haré lo que un buen conductor, detendré los caballos si veo un precipicio : no responderé nada : callaré. — Bien está; pero callas lo que sabes ó lo que no sabes : si lo que sabes, el silencio es orgullo; si lo que no sabes, caiste en la red. »

150. La dialéctica establece que toda proposicion es verdadera ó falsa : hé aquí un ejemplo de las sutilezas con que Carnéades combatia este axioma. « Si dices que mientes, y en efecto es así, mientes y dices verdad : luego tenemos el sí y el no. » Esto es un juego de palabras : porque en tal caso se dice verdad, respecto á la afirmacion de la mentira, como un hecho anterior : el *si* se refiere al acto de mentir : el *no*, á la falta de verdad en lo afirmado por la mentira.

151. Vivió Carnéades hasta edad muy avanzada, teniendo á su lado ú su discípulo Clitomacho, hombre muy aficionado al estudio, muy laborioso, y agudo como un Cartaginés : *acutus ut Pœnus.* La escuela académica continuó por Philon y Antioco Ascalonita, á quienes oyó Ciceron, en cuyo tiempo estaba casi abandonada en Grecia : *quam nunc propemodum orbam esse in ipsa Græcia intelligo.* (*De Nat. Deor.*, lib. I, § 5.

XXVII.

CICERON.

152. Los Romanos participaron muy tarde del movimiento filosófico : su carácter severo y amigo de empresas grandes hacia que desdeñasen los entretenimientos de las escuelas. Las costumbres, las leyes, el arte de la guerra, la extension de su imperio, tales eran los objetos de su predileccion. Sin embargo,

la continua comunicacion con los Griegos llegó á quebrantar algun tanto aquellos indómitos caractéres; á pesar de la severidad de Caton, por cuyo consejo fueron echados de Roma los filósofos, se apoderó de los dueños del mundo el prurito de investigar y disputar: vencedores de la Grecia, fueron vencidos por su bella esclava.

153. Antes de Ciceron se habia ya introducido en Roma la filosofía griega; pero faltaba un escritor que, dándole brillo, la popularizase. El grande orador no habia descuidado ninguna clase de estudios que pudiese contribuir á la perfeccion del arte de hablar; así es que, á mas de los poetas y oradores, se habia nutrido desde su juventud con la lectura de los filósofos griegos. Las turbulencias políticas que amargaron los últimos años de su vida le obligaron á buscar un consuelo en los ejercicios filosóficos: privado de lucir su elocuencia en el foro y en el senado, destituido de toda influencia en los negocios públicos, y condenado á la oscuridad del hogar doméstico, donde le perseguia tambien la desgracia con la muerte de su hija Tulia, se consolaba de sus infortunios con el estudio de la filosofía, y con fomentar en su patria el movimiento intelectual, ya que le era imposible enderezar la marcha de las cosas políticas. Él propio lo indica así en diversos lugares; y al través de la severidad de sus doctrinas y elevacion de carácter, deja traslucir algun tanto la profunda tristeza que le devoraba. « Diré la verdad: mientras la ambicion, los honores, el foro, la política, la participacion en el gobierno, me enredaban y ataban con muchos deberes, tenia encerrados los libros de los filósofos; solo para precaver el olvido los repasaba leyendo algunos ratos, segun que el tiempo me lo permitia; mas ahora, cruelmente maltratado por la fortuna, y exonerado del gobierno de la república, busco en la filosofía un honesto solaz en mis ocios, y un lenitivo á mi dolor. » *Ego autem (dicam enim ut res est), dum me ambitio, dum honores, dum causæ, dum reipublicæ non solum cura, sed quædam etiam procuratio, multis officiis implicatum et constrictum tenebat, hæc inclusa habebam, et ne obsolescerent, renovabam cum licebat legendo. Nunc vero et fortunæ gravissimo perculsus vulnere, et administratione reipublicæ liberatus, doloris medicinam a philosophia peto, et otii oblectationem hanc honestissimam judico. (II. Acad.)*

154. Si lícito fuera, debiéramos alegrarnos de las desgracias de Ciceron, ya que proporcionaron á las ciencias y á las letras tan insigne beneficio, dando orígen á sus obras filosóficas. No fundó ninguna escuela, ni tenia tampoco semejante pretension; solo intentaba difundir en su patria las doctrinas de la filosofía griega, acabando con los malos traductores, y hermanando la aficion á la ciencia con el buen gusto en el estilo y lenguaje. La elocuencia, la elegancia, el bien decir, eran los objetos predilectos del grande orator; no puede olvidarlos ni aun en los laberintos de las cuestiones filosóficas: después de haber brillado en la tribuna quiere brillar en la cátedra. « Hasta nuestros dias, la filosofía ha estado descuidada entre los latinos; faltóle el esplendor de las bellas letras; yo me propongo ilustrarla y propagarla; si en mis ocupaciones fuí útil en algo á mis conciudadanos, deseo que si es posible les aprovechen mis ocios. La tarea es tanto mas digna cuanto que, segun dicen, hay escritos sobre esto muchos libros en latin, por autores de sana intencion sin duda, mas no de bastante saber. Es posible que uno piense bien, y no acierte á expresarse con elegancia; y el escribir sin arte, sin belleza, sin nada que atraiga al lector, es perder tiempo y trabajo. Así esos autores leen ellos mismos, con los suyos, sus propios libros; y no encuentran mas lectores que los que desean la libertad de escribir mal. Por lo que si en algo pude contribuir á la perfeccion de la oratoria, con mas cuidado me dedicaré á mostrar los manantiales de la filosofía, de los cuales sacaba mi elocuencia. Así como Aristóteles, hombre de grande ingenio y vasto saber, emulando la gloria del retórico Isócrates, emprendió la eseñanza del bien decir, enlazando la sabiduría con la elocuencia, me propongo yo entrar en el rico campo de la filosofía, sin despojarme de mis costumbres oratorias: pues que siempre creí que la perfeccion de la filosofía consiste en tratar las grandes cuestiones con riqueza y elegancia. » (*Tusc.*, libro I, § III y IV.)

155. Las obras filosóficas de Ciceron no se distinguen tanto por su profundidad como por la abundancia de noticias, y por la lucidez de la exposicion en que nos da cuenta de los sistemas filosóficos. Se conoce que Ciceron no ha hecho de la filosofía su estudio preferente, y así es que no acierta á revestirse del

traje de escuela : en sus palabras se descubre siempre al político, y sobre todo al orador. Sus escritos filosóficos son de alta importancia para la historia de la filosofía; porque conociendo á fondo la lengua griega, disfrutando de obras que se han perdido, y habiendo visto con sus ojos los últimos resplandores de las escuelas que describe, es un testigo precioso para hacernos conocer el espíritu de la filosofía antigua.

156. Tocante á las opiniones de Ciceron, suele ser difícil el conocerlas con exactitud. Es académico en todo el rigor de la palabra. Introduce alternativamente en sus diálogos á filósofos de todas las escuelas; y aunque á veces se descubre cuál es la que prefiere, tambien sucede con harta frecuencia que no es fácil adivinar su verdadero pensamiento. Hasta se podria sospechar que en varias materias no tenia opinion, y que el estudio de los filósofos habia engendrado en su ánimo un espíritu de duda, que se hace sentir demasiado, aun en las materias mas graves. Pasajes tiene sumamente peligrosos. Como quiera, es preciso confesar que la penetracion de su espíritu y la elevacion de sus sentimientos, le inclinan siempre hácia lo verdadero, lo bueno, lo grande : si habla de Dios se expresa con un lenguaje tan magnífico, que los autores no se cansan de copiarle; si trata del alma se resiste á confundirla con la materia, y no concibe que pueda acabar con el cuerpo; si de la moral, se indigna contra Epicuro, y pondera la sublimidad y belleza de la virtud con un estilo que arrebata y encanta.

157. Ciceron hubiera sido mas filósofo si hubiese meditado mas y leido menos; se conoce que escribia teniendo á la vista las obras de todas las escuelas griegas; y su mente, clara como la luz, se ofusca á menudo con la abundancia y embrollo de los materiales que se empeña en ordenar y esclarecer. Nunca ve con mas lucidez y exactitud que cuando se abandona á las inspiraciones de su genio, olvidando los sistemas de sus predecesores, y sometiendo los objetos al fin ó criterio de su elevado entendimiento, y á las sanas inspiraciones de su corazon noble y generoso.

158. En Ciceron se retrata el estado de la filosofía poco antes de la venida de Jesucristo. El arte de discutir y de exponer habia llegado á mucha perfeccion; todo se habia ventilado, pero con escaso fruto para la certeza; los grandes problemas sobre

Dios, sobre el hombre, sobre el mundo, la filosofía humana los contemplaba, mas no los resolvia: daba un paso en el buen camino, pero luego se extraviaba, y fluctuante entre contradicciones, inconsecuencias é incertidumbre, casi desesperaba de encontrar la verdad y se refugiaba en el escepticismo. No le profesa abiertamente Ciceron; pero en muchos pasajes manifiesta una profunda desconfianza. Como quiera, hé aquí cómo se explica él mismo sobre el método de filosofar que le parece mejor; en lo cual no dejaria tambien de influir la natural moderacion de su carácter. « Fáltame hablar de los censores que no aprueban el método de la *Academia;* su crítica me afectaria mas si les gustase alguna filosofía que no fuera la suya. Pero nosotros, que acostumbramos á rebatir á los que creen saber algo, no podemos llevar á mal el que otros nos impugnen : bien que nuestra causa es mas fácil, supuesto que buscamos la verdad, sin espíritu de disputa, con laboriosidad y zelo. Aunque todos los conocimientos estén erizados de dificultades, y sea tanta la oscuridad de las cosas y la flaqueza de nuestros juicios, que de muy antiguo, y no sin razon, desconfiaron de encontrar la verdad los hombres mas sabios; sin embargo, así como ellos no cesaron de investigar, tampoco lo dejaremos nosotros por cansancio; y el objeto de nuestras disputas no es otro, sino el que hablando en pro y en contra nos guien á la verdad, ó cuando menos nos acerquen á ella. Entre nosotros y los que creen saber, no hay mas diferencia, sino que ellos no dudan de la verdad de lo que defienden, y *nosotros tenemos muchas cosas por probables, á que nos conformamos, pero que difícilmente podemos afirmar.* » (*I. Acad.*, lib. II, §. 3.)

XXVIII.

ENESIDEMO Y SEXTO EMPÍRICO.

159. Al lado de las escuelas de Zenon de Elea y de Pirron, se habia establecido la académica, que si bien no lo negaba todo, y aun admitia la probabilidad, se guardaba de las afirmaciones como de cosa peligrosa é indigna de un sabio. La nueva academia de Arcesilas, desenvuelta luego en la novísima

de Carnéades, se enlazaba con el escepticismo puro, mas de lo que á primera vista pudiera parecer: quien no se atreve á afirmar nada no está lejos de dudar de todo, si es que ya no duda. El estado de los espíritus en el siglo anterior á la era cristiana favorecia las tendencias escépticas: las disputas filosóficas lo habian hecho vacilar todo, sin asentar ningun sistema sobre cimientos sólidos. Entonces apareció Enesidemo, contemporáneo de Ciceron. Era natural de Creta; aficionado á las doctrinas de Heráclito, en cuyo provecho quiso explotar el escepticismo, renovando los diez motivos de duda universal que se atribuyen á Pirron. La filosofía de Enesidemo continuó sin grande importancia, hasta que, algun tiempo después, cayó en manos de Sexto Empírico, que redujo á sistema las teorías escépticas.

160. Sexto Empírico se dedicó especialmente á distinguir entre lo trascendental y lo fenomenal, ó sea entre la realidad de la cosa en sí misma, y su apariencia con respecto á nosotros. No niega los fenómenos, conviene en que tenemos ciertas apariencias, pero sostiene que ellas no pueden conducirnos al conocimiento de la cosa en sí misma. Así es que admite la posibilidad de las ciencias experimentales, con tal que se ciñan al órden puramente fenomenal, y prescindan del trascendental.

161. La raíz del escepticismo de Sexto Empírico es su ideología sensualista. No admitiendo en el alma otra cosa que sensaciones, es peligroso el caer en el escepticismo. La sensacion es un hecho subjetivo, y por lo tanto no presenta al sujeto el objeto mismo: le ofrece solo una relacion, ó mas bien una afeccion, nacida de no se sabe qué. Además, la sensacion es contingente, varia, por lo que no puede conducir á nada fijo, ni aun en el órden á que se limita. En tal caso las proposiciones universales pierden su necesidad absoluta, porque son el simple resultado de inducciones, que nunca podremos completar; y así el espíritu humano flota entre un mundo de apariencias, como pluma ligera que divaga por la atmósfera, sin posibilidad de fijarse en ningun punto.

162. Si se admite esta teoría sensualista, el argumento de Sexto Empírico contra la posibilidad de la demostracion es insoluble. La demostracion se ha de fundar en algo indemostrable, so pena de proceder hasta lo infinito. Lo indemostrable no puede ser un hecho contingente; por lo tanto ha de ser un principio, un axioma, una proposicion universal; y como para llegar á esa universalidad hemos tenido que partir de hechos individuales, pues la hemos formado por induccion, resulta que lo llamado indemostrable se apoya en lo contingente, en cuyo caso el edificio queda sin basa. Es imposible deshacerse de esta dificultad si no se sale de la estrecha esfera de la doctrina sensualista, y no se admite en el espíritu un elemento superior á los sentidos, puramente intelectual, que se nutre de verdades necesarias, independientes de la sensibilidad. Desde el momento que se reconoce un órden intelectual puro, el argumento de Sexto Empírico se desvanece; porque se arruina su fundamento, cual es el que las verdades necesarias sean mero resultado de la induccion, y por tanto estriben en una basa contingente.

163. A la luz de la misma doctrina se suelta el otro argumento de Sexto Empírico sobre la imposibilidad de un criterio. « Este criterio, dice, no se encuentra en las sensaciones, pues que son contingentes, varias y aun opuestas. » No lo negamos; pero sostenemos al mismo tiempo que se le halla en la razon, la cual, siendo superior á las sensaciones, juzga de los materiales que estas le ofrecen. Pero el entendimiento, replica Sexto Empírico, es una cosa desconocida; los filósofos no se han puesto de acuerdo sobre su naturaleza. Concedemos lo último; pero negamos que las cavilaciones de los filósofos puedan hacer vacilar la existencia de un órden puramente intelectual, superior á los sentidos, y que todos experimentamos en nuestra conciencia.

164. Es verdad que el espíritu, para conocer, no sale de sí mismo, que hay distincion entre el sujeto y el objeto, y que este no se nos presenta uniéndose por sí mismo al entendimiento; pero tampoco cabe duda en que hay correspondencia entre la idea y la realidad, y que no podemos suponer que el órden subjetivo está en contradiccion con el objetivo, á no ser que nos propongamos negar nuestra propia inteligencia, sosteniendo que de nada sirve ni aun en el mismo órden subjetivo. (V. *Filosofía fundamental*, lib. I, cap. XXV.)

165. Los ataques contra la nocion de causalidad, renovados

en nuestros dias por Hume y Kant, se hallan en los sistemas de Enesidemo y Sexto Empírico. Los argumentos de este último flaquean por dos puntos: 1°. porque estriba en la ideología sensualista; 2°. porque no se eleva á la verdadera idea metafísica de *contener*.

Claro es que si no concebimos otras relaciones que las puramente materiales, tales como nos las representa la sensacion por sí sola, no hallamos en las cosas sino una serie de fenómenos en el espacio y en el tiempo, sin que podamos pasar de la intuicion puramente sensible. En tal caso, habrá contacto, movimiento después del contacto; pero si nada añadimos no nos elevamos á la idea de causalidad.

El argumento de Sexto Empírico sobre la imposibilidad de que una sustancia pueda producir algo que no esté contenido en ella, nos recuerda el grosero sentido de la palabra contener, que hemos censurado en Spinosa. (V. *Ideología*, cap. XI, y *Teodicea*, cap. X.)

Otra dificultad propone Sexto Empírico, y es que el objeto debiera ser posterior á la causa, lo que es imposible, porque entonces habria causa sin efecto. No se concibe cómo semejante argumento se objeta seriamente. La causa en cuanto causa en acto, es decir, ejerciendo su causalidad, supone ciertamente que el efecto se produce; pero la causa, no ejerciendo su accion productiva, sino reservando su actividad para el momento de la produccion, no exige la existencia del efecto. ¿Quién encuentra dificultad en esta distincion?

XXIX.

ECLÉCTICOS DE ALEJANDRÍA.

166. Sometido el mundo al imperio de Roma, y aumentada la comunicacion entre los pueblos, no se limitaron las escuelas á un pequeño círculo; empezando desde entonces el espíritu de propaganda que tanto se ha desarrollado en los tiempos modernos. Habia empero algunos puntos, que, llevando ventaja á los demás, eran los centros del movimiento filosófico. Descollaba entre ellos Alejandría, ciudad que habia tomado

grande importancia bajo los Ptolemeos, y que ofrecia á los estudiosos el aliciente de una biblioteca muy rica. Allí tuvo orígen la escuela llamada ecléctica, que escogia de las demás lo que le parecia verdadero ó mas verosímil, sin ligarse con los principios de ninguna.

167. Las causas de la aparicion de esta escuela parecen ser: la misma disolucion á que habia llegado la filosofía, disolucion que inspiraba el deseo de reconstruir el sistema de los conocimientos humanos; la mayor comunicacion de las ideas establecida por la unidad de mando concentrado en Roma, ayudada por la difusion de las lenguas, especialmente la griega y latina; y por fin el impulso dado al espíritu humano por el cristianismo, que vino á revelar verdades antes desconocidas, aclarando además otras que los antiguos filósofos habian alcanzado con oscuridad y confusion. Natural era, pues, que los entendimientos poco satisfechos de las escuelas antiguas, rechazasen la sumision á la autoridad filosófica, y que quisieran escoger entre las varias doctrinas lo que mejor les pareciera.

168. Descollaron en la escuela de Alejandría muchos cristianos: bastará nombrar á Potamon, san Justino, Atenágoras y Clemente de Alejandría, que nos ha dejado el conocido pasaje en que describe su método. « Por filosofía no entiendo la estóica, la platónica, la epicúrea ó la aristotélica; lo que estas escuelas hayan enseñado que sea conforme á la verdad, á la justicia, á la piedad, á todo esto llamo yo selecta filosofía. »

169. La escuela ecléctica, proponiéndose escoger de todas las doctrinas, propendia naturalmente al sincretismo, ó sea á la fusion de los varios sistemas por medio de una conciliacion. Semejantes empresas son harto peligrosas; pues queriendo dar un poco de verdad á opiniones encontradas, hay el riesgo de perderla por entero. Así se explican los extravíos de algunos miembros de aquella escuela.

170. Se ha escrito mucho en pro y en contra del eclecticismo: parece sin embargo que este no es punto que pueda ofrecer dudas, si se fija bien el estado de la cuestion. ¿Qué se entiende por eclecticismo? ¿El buscar la verdad donde quiera que se halle? Entonces nadie dejará de ser ecléctico. Así lo profesaba san Clemente de Alejandría (168); en cuyo caso el eclecticismo no es mas que el dictámen de la razon y del buen

sentido. Si por eclecticismo se entiende la reunion de varios sistemas en uno, la manía de conciliar cosas contradictorias, la ausencia de principios que den trabazon y unidad á la ciencia, entonces el eclecticismo es el caos en filosofía, la negacion de la verdad, la muerte de la razon.

Aclaremos estas ideas : el eclecticismo se refiere al método ó á la doctrina : si al método, todos debemos ser eclécticos, porque todos debemos buscar la verdad donde quiera que se halle; si á la doctrina, no significa nada, ó expresa la confusion de todas las doctrinas, y por consiguiente la ruina de la verdad.

XXX.

NEOPLATÓNICOS.

171. Los peligros del eclecticismo mal aplicado se manifestaron bien pronto : de ello nacieron errores de la mayor trascendencia. Ammonio Saccas, ecléctico, educado en la religion cristiana, viendo que entre los fieles obtenian algun favor las doctrinas de Platon, exageró las cosas hasta el punto de afirmar que en los dogmas cristianos nada se encerraba que pudiera mirarse como nuevo, pues lo mismo habian enseñado los filósofos de la Academia. Esto dió origen á la escuela llamada neoplatónica, porque pretendia renovar las doctrinas de Platon. Segun estos filósofos, el cristianismo no debia ser considerado como una religion, sino como un sistema filosófico, lo que equivalia á condenarle. Fácil es concebir los extravíos que resultar debieron de un error tan fundamental.

172. Ammonio comunicó sus doctrinas á Herennio; á este sucedió Plotino, que estableció una escuela en Roma. Plotino era panteista. En ideología profesaba el principio de que el verdadero conocimiento es aquel en que el objeto conocido es idéntico con el sujeto que le conoce. Propagóse de este modo por occidente la errónea doctrina; y entre sus adalides mas señalados descuella Porfirio, que de palabra y por escrito la fué difundiendo con ardor por varias provincias del imperio. Este filósofo se ha hecho célebre por la famosa tabla de los cinco *predicables :* género, especie, diferencia, propio y accidente. A mas de esto planteó con claridad la cuestion que tanto

se agitó después entre los nominalistas y los realistas; pero se abstuvo de resolverla. Boecio nos ha traducido las palabras de Porfirio : « *Mox de generibus et speciebus, illud quidem sive subsistant, sive in solis nudis intellectibus posita sint, sive subsistentia, corporalia sint an incorporalia, et utrum separata a sensibilibus an in sensibilibus posita, et circa hæc consistentia, dicere recusabo.* Tocante á los géneros y especies, me abstendré de decir si solo están en los entendimientos, ó si son cosas subsistentes corpóreas ó incorpóreas; y si están separadas de los objetos sensibles, ó si existen en ellos. »

173. A la misma escuela pertenecieron Hierocles, Proclo, y el famoso Jamblico, discípulo de Porfirio; bien que, no sujetándose á la enseñanza de su maestro, dió mas amplitud á su sistema, combinando con las doctrinas platónicas las pitagóricas y egipcíacas. Sucedióle Edesio, bajo cuya direccion se formaron entre otros Crisantio y Máximo. Este último se cree que contribuyó á la perversion del emperador Juliano, admirador de las doctrinas de Jamblico. Con tan alta proteccion se hizo poderosa la nueva escuela, no solo en el campo de la filosofía, sino tambien en el gobierno de la república. De aquí resultó el que los católicos tuvieron que sufrir mucho; hasta que habiendo muerto el emperador Juliano, fué declinando el esplendor de esta secta, acabando, como todos los errores, por caer en el olvido.

XXXI.

LA FILOSOFÍA ENTRE LOS CRISTIANOS.

174. Los cristianos no han descuidado jamás el estudio de la filosofía : los que pretenden descubrir contrariedad de la razon con la fe, debieran haber notado que entre los escritores cristianos, aun de los primeros siglos, se cuentan filósofos eminentes. Las herejías que pulularon en todas partes, y que nacian particularmente de las escuelas filosóficas, nunca dejaron de encontrar adversarios que se hallaban á la altura de los talentos y de la erudicion de los innovadores. Baste citar á san Agustin, en cuyas obras se hallan tan preciosos tesoros de filosofía, admirablemente armonizados con la verdad religiosa.